

## LA GROSSE FIFÍ

"El mar", dijo Mark Olsen, "tiene exactamente el mismo tono que el azul de Reckett's esta mañana."

Roseau volteó la cabeza para contemplar el liso Mediterráneo.

"Me gusta cuando está así —declaró—, y quisiera que no caminaras tan de prisa. Odio caminar apresuradamente y este camino no está hecho para eso."

"Lo siento", dijo Mark, "es una mala costumbre."

Caminaron en silencio, Mark pensando que la muchacha era excéntrica pero que le gustaría volver a verla. Una pena que a Peggy aparentemente le cayera tan mal —las mujeres eran siempre una lata con sus gustos y disgustos.

"Este es mi hotel", dijo la excéntrica. "¿No se ve horrible?"

"Sabes", le dijo Mark preocupado, "de veras deberías alojarte ahí. Es un lugar desagradable. Nuestra *patronne* dice que tiene mala reputación; acuchillaron a alguien y el patrón fue a dar a la cárcel."

"¿No me digas!", se burló Roseau.

"Sí te digo. Hay una habitación para alquilar en la pensión."

"Odio las pensiones."

"Bueno, pues entonces múdate a Saint Paul o a Jean Les Pins—Peggy me decía ayer..."

"¿Ay por Dios!", interrumpió Roseau algo impacientemente, "mi hotel está bien. Creo que regresaré a París, ya me cansa la Riviera, es demasiado ordenada. ¿No entras a tomar un aperitivo?"

Su tono era tan indiferente que Mark, resentido, aceptó el ofrecimiento, aunque el restaurante del hotel lo deprimía. Era tan oscuro, tan lóbrego, tan lleno de gente rara, franceses excéntricos con voces anormalmente chillonas hasta para los franceses. Un tenue olor a ajo flotaba en el aire.

"Tómame un Deloso", dijo Roseau. "Tiene un gustito a anís", le explicó, viendo que no entendía. "Te pondrá en órbita."

"Gracias", dijo Mark. Colocó sus dibujos cuidadosamente sobre la mesa y entonces, mirando por encima de la cabeza de Roseau, se quedó mirando atónito, algo que le llamaba la atención. Dijo: "¿Dios mío! ¿Qué es eso?"

"Es Fifi", contestó Roseau en voz baja, sonriendo por primera vez.

"¿Fifi! Claro, tenía que ser. ¡Por lo más santo! ¡Fifi!"

Su voz se llenó de asombro. "Es formidable, ¿no crees?"

Fifi no sólo era formidable metafóricamente: fornida, bien encorsetada, su estómago cuidadosamente colocado para que formara parte de sus pechos. Su sombrero era grande y lo llevaba en un ángulo provocador; su colorete daba gritos, y sobre sus ojos saltones, llevaba los párpados pintados de un azul brillante. Lucía unos zarcillos de plata muy largos, pero a pesar de ellos su rostro pare-

cía inmenso, vasto y su voz sonaba ronca aunque en su vaso no había sino agua de Vichy.

Sus manos, pequeñas y regordetas, estaban cubiertas de anillos; y llevaba los pies rollizos diminutos, embudidos en un par de zapatos charolados, de tacón altísimo.

En efecto, Fifi era obvia —imposible equivocarse su propósito en la vida. Un joven de aproximadamente veinticuatro años la acompañaba. Hubiese sido un hombre bien parecido si no se hubiese emplastado la cara con polvos blancos y no se hubiese peinado un copete tan alto sobre la frente.

"Me hace pensar", dijo Mark en voz baja, "en aquel cuadro de Max Beerbohm en el que una dama traviesa contempla el perfil de Eduardo VII sobre una moneda, ya sabes, aquella que dice: 'Ay, pues, para mí él siempre seguirá siendo Tum Tum'. 'Sí", dijo Roseau, "es muy victoriana, ¿verdad?". Por alguna razón inexplicable le desagradaban las puyas contra Fifi, aún más de lo que le desagradaban las puyas en general. Después de todo la dama parecía bonachona, buena gente; su risa le sonaba divertida.

Dijo: "¿No has notado que muchas se ven por aquí? Damas victorianas, quiero decir; hay enjambres de ellas en Niza, ¡montones en Monte Carlo!... El otro día, en el Casino, vi..."

"¿Quién es el caballero?", preguntó Mark, sin dejarse distraer del tema. "¿Su hijo?"

"¿Su hijo?", dijo Roseau. "¿Por supuesto que no. Es su gígolo."

"Su, ¿cómo dijiste?"

"Su gígolo", explicó con frialdad Roseau. "¿No sabes lo que es un gígolo? Existen en Londres, te lo aseguro. Ella lo mantiene, él le hace el amor. Lo sé todo porque su cuarto queda junto al mío."

"¡Oh!", tartamudeó Mark. Comenzó a beber su aperitivo apresuradamente.

"Me agrada mucho tu nombre", dijo, cambiando bruscamente de conversación.

"Te va bien."

"Sí, me va bien, quiere decir junco", dijo Roseau. Tenía una sonrisa extraña, una pequeña sonrisa torcida. Mark no estaba seguro de por qué le gustaba. "Un junco sacudido por el viento. Ese es mi lema, quiero decir —¿Pero ya te vas? Sí, iré a tomar el té pronto, un día de estos: ¡Adiós!"

"Allá va corriendo a donde su mujer a decirle que no se había equivocado en cuanto a mí", pensó Roseau cuando lo vio marcharse. "¿Qué pintorescos son los ingleses! Piden ser sorprendidos, ansian ser sorprendidos, esperan ser sorprendidos, pero cuando se les sorprende... qué sorprendidos se sienten!"

Terminó de beberse melancólicamente su aperitivo. Esperaba una amiga norteamericana que había prometido venir a cenar con ella. Mientras, se dio cuenta de que las voces de Fifi y de su gígolo habían subido de tono.

"Te digo", dijo el gígolo, "que tengo que irme a

Niza esta tarde. Es necesario; me veo obligado a ir."

"Su voz sonaba apologética pero hosca, con un acento ligeramente bravucón. El macho tirando de sus amarras.

"Pero *mon cheri*", imploró Fifi, "¿Por qué no puedo ir contigo? Tomaremos el té en el Negresco."

El gígolo cayó en un mutismo malhumorado. Obviamente, el Negresco con Fifi no le atraía.

Ella cedió enseguida.

"¡Marie!", llamó, "sírvale al señor inmediatamente. Tiene que tomar el tren de la una y media para Niza... Regresarás para la cena, ¿verdad, mi Pierrot?", rogó con voz enronquecida.

"Creo que sí, ya veré", contestó el gígolo airosamente, aprovechando su victoria como todo buen general debe hacerlo —en ese momento la amiga norteamericana de Roseau entró al restaurante.

Comieron en la terraza de una villa, contemplando el paisaje tranquilo y sonriente del mar.

"¡Pero qué azul, qué azul!", suspiró la señorita

Ward, porque así se llamaba la dama norteamericana. "Siempre he dicho que el azul es maravilloso. Le llega a uno al alma. ¿No cree usted, señor Wheeler?"

El señor Wheeler enfocó sus lentes severos, de concha de tortuga, sobre el azul del mar.

"Muy admirable", dijo escuetamente.

"Estoy segura", pensó Roseau, "que está preguntándose en cuánto podría venderlo — embotellado".

Se sorprendió de pronto inventando ingeniosos anuncios: "Pruebe nuestro Azul Embotellado para los males del alma."

Entonces, recapacitando, se dirigió al señor Leroy, el cuarto miembro del grupo, quien se estaba poniendo malhumorado.

El señor Leroy era lo que los franceses llaman un *joli garçon* —era casi, podría decirse, de veras un niño bonito— alto, fornido, bronceado, de facciones bien cortadas, como todo anglosajón. Sin embargo, durante tres cuartos de hora los miembros del sexo femenino no habían notado para nada su presencia. El señor Leroy se sentía confundido, incrédulo. Ahora comenzaba a molestarse.

No obstante, respondió sin dilación a los esfuerzos de Roseau por incluirlo en la conversación.

"Oh Madame", dijo. "Debo reconocer que una emoción fuerte puede ser justificación para casi todo; uno está loco por el momento."

"¡Ahí tienen!", dijo Roseau con voz triunfante, pues el argumento había girado sobre si algo excusaría el quebrantamiento de ciertas reglas.

"¡Tonterías!", dijo el señor Wheeler.

"¿Pero usted sí encuentra justificación para un negocio astuto?"

"Los negocios", dijo el señor Wheeler como si le hablara a un niño ligeramente tarado, "es algo muy distinto, señorita..."

"Usted piensa así", argumentó Roseau, "porque los negocios son su única emoción".

El señor Wheeler se dio por perdido.

"Mauricio", le dijo la señorita Ward al joven francés, "pórtate bien y vé y tráenos el gramófono".

Trajeron el gramófono y la melodía de "Lady, Be Good" flotó sobre el azul.

El hotel le pareció sórdido esa noche a Roseau, poblado de caballeros envueltos en capas y mujeres de risas estridentes. Encontró grandes trozos de ajo en la comida y el vino le supo agrio... se sentía muy cansada, golpeada, adolorida, embotada, como si hubiese perdido una gran batalla.

"¡Ay Dios mío, voy a volver a pensar! ¡No me dejes volver a pensar!"; rezó.

Durante dos semanas luchó ferozmente por no pensar. Se bebía otra copa de vino; observaba a Fifi sola, sentada a la mesa frente a un ramo de mimosas, los ojos saltones atornillados a la puerta, y tenía que cambiar la mirada como si aquel espectáculo la aterrorizara. Al terminar de comer, subía siempre a su cuarto, se tomaba tres sobrecitos de





Veronal, se desvestía y se acostaba con la sábana subida más arriba de la cabeza.

Aquella noche tampoco pudo dormir. Se levantó de pronto, tropezó contra una mesa, y dijo "¡Maldita sea!" en la oscuridad. Encendió la luz y comenzó a vestirse callada, muy calladamente. Saldría por la puerta de atrás. ¿Pero por qué se estaba vistiendo? No importa; ya estaba hecho. ¿Y quién demonios esta tocando ahora a su puerta?

Era Fifi. Estaba envuelta en un llamativo camión de dormir color rosa subido, adornado de encajes amarillos. Sobre los hombros se había tirado una bata sucia, amarrándose las mangas alrededor del cuello.

Se quedó mirando a Roseau con los ojos muy abiertos, con una expresión de asombro que resultaba divertida.

"Supongo que no pensará salir a estas horas", le dijo Fifi. Es casi medianoche y usted no luce bien, Madame."

"¿De veras?", preguntó Roseau débilmente. Se sintió mareada y tuvo que agarrarse del borde de la mesa.

Hablaba con una suavidad persuasiva y puso su mano con ternura sobre el brazo de Roseau.

Roseau se derrumbó sobre la cama en un ataque de llanto.

"*Ma petite*", dijo Fifi con decisión, "se sentirá mejor en la cama, créame. ¿Dónde está su chemise de nuit? ¡Ahí!"

La encontró sobre la silla más próxima, la examinó rápidamente y calculó si el encaje que llevaba era bueno, luego puso con firmeza su mano sobre la falda de Roseau para ayudarla a desvestirse.

"La", dijo, dándole un golpecito a la almohada, "y aquí está su pañuelo."

Su actitud no era exagerada, desdeñosa, ni entrometida. Era más bien reconfortante.

"Es bueno llorar", dijo después de un rato. "Pero no demasiado. ¿Puedo traerle algo, pequeña? ¿Un poco de leche caliente con ron?"

"¡Ay no, no!", dijo Roseau, agarrándose a la manga de balleta de su bata, "no se vaya, no me deje sola."

Había hablado en inglés, pero Fifi, respondiendo inmediatamente a su ruego, le contestó: "*Pauvre chou-va*", y luego se inclinó sobre ella para besarla.

A Roseau le pareció el beso más bondadoso, más comprensivo, que había recibido en su vida. Consolada, observó a Fifi sentarse a los pies de la cama y envolverse en su bata de balleta. Entre sueños pensó que era de nuevo una niña y que este enorme ser la protegería y se quedaría allí sentada hasta que ella se durmiera.

La cama crujió amenazadora bajo el peso de la dama.

"¡Maldito colchón!", refunfuñó en voz baja Fifi, "¡Todo en esta casa está roto y luego los precios que cobran! Es una vergüenza..."

"¡Me siento muy desgraciada!", dijo Roseau en una voz delgada, sin ánimo. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

"¿Cree que no me había dado cuenta?", dijo con cariño Fifi, poniendo su mano regordeta sobre la rodilla de Roseau. "¿Cree que no adivino cuando una mujer se siente desgraciada? Yo. Además, en ti, es muy obvio. Tú miras *avec les yeux d'une biche*. ¿Es por supuesto un hombre quien te hace sentir desgraciada?"

"Sí", dijo Roseau. A Fifi podía decírselo todo. Fifi era un especie de Dios.

"¡Ah le salaud! ¡ah, le monstre! Dijo esto mecánicamente, sin indignación auténtica. "Los hombres no valen nada. ¿Pero por qué ha de hacerte sentir desgraciada? ¿Será que está celoso?"

"¡Oh no!", dijo Roseau.

"Entonces quizá sea *méchant* —hay hombres así— o quizá esté tratando de deshacerse de tí."

"Eso mismo es", dijo Roseau. "Está tratando de deshacerse de mí."

¡Ah!, dijo Fifi con discreción. Se inclinó entonces más cerca. "*Mon cher enfant*", dijo con voz ronca, házlo tu primero. "Pónlo a la puerta con un *coup de pied quelque part*."

"Pero si no tengo puerta", dijo Roseau en inglés; y comenzó a reír alocadamente. "Ni los restos de una puerta tengo, ni casa, ni puerta, ni amigos, ni dinero, nada."

"¿Qué dice?", preguntó Fifi con recelo. Desconfiaba de quienes hablaban lenguas extrañas en su presencia.

"¿Y si lo hiciera, entonces qué?", le preguntó Roseau.

"¿Cómo que 'entonces qué'?", gritó Fifi indignada. "¿Cómo pregunta eso, usted, que es tan bonita? Si yo estuviese en su lugar no preguntaría 'entonces qué', se lo aseguro; me buscaría a un tipo elegante y pronto!"

"¡Oh!" exclamó Roseau. Comenzaba a sentir sueño.

"*Un clou chasse l'autre*", le advirtió Fifi algo sombríamente. "Sí, así es la vida: un clavo saca a otro clavo".

Se puso de pie.

"Así dicen". Tenía una mirada melancólica. "Pero cuando una está atrapada no es tan fácil. No, yo adoro a mi Pierrot. Adoro a ese niño, le daría hasta mi último centavo. ¿Y cómo va él a quererme a mí? Estoy vieja y fea. Sí, ya sé ¡*Regarde-moi ces yeux la!*" Y se señalaba con el dedo las ojeras debajo de los ojos. "¡*Et ca!*" Y se palmeaba el pecho enorme. "Pierrot sólo ama a las mujeres delgadas. ¿*Qué voulez vous?*"

Fifi se encogió de hombros con un gesto impresionante.

"Lo quiero. Por él lo soporto todo. ¡Pero qué vida! ¡Qué vida! Tú pequeña, ten un poco de valor; te buscaremos un tipo chic, un tipo elegante que..."

Se detuvo al ver que Roseau se había quedado dormida. "Alors, —ya me voy— que duermas bien".

Al otro día Roseau, sintiendo la lengua reseca y la cabeza pesada, despertó al escándalo de las voces que se escuchaban en el cuarto contiguo.

Fifi discutía, refunfuñaba, finalmente lloraba —y el gígolo, quien obviamente acababa de llegar, protestaba y se tornaba displicente.

"¡*Menteur, menteur*, estuviste con una mujer!"

"¡Te digo que no! ¡Te pasas inventando cosas!"

Sollozos, besos, reconciliación.

"¡Ay Señor, Señor!", se dijo Roseau. Se cubrió la cabeza con la sábana y se dijo: "Tengo que irme de este lugar."

Pero cuando, algunas horas más tarde, la robusta señora apareció en su puerta, estaba empolvada, sonriente y fresca —casi convencional.

"Espero que haya dormido bien anoche, Madame: espero que se sienta mejor hoy por la mañana. ¿Puedo hacer algo por usted?"

"Si puede. Siéntese y hábleme un rato", le dijo Roseau. "Hoy no me voy a levantar."

"Tiene razón", contestó Fifi. "Eso descansa, un día en cama." Se sentó pesadamente sobre la cama y sonrió una sonrisa radiante. "Y después debe divertirse un poco", aconsejó. "Distráigase. Si lo desea, puedo mostrarle todos los lugares donde uno se divierte en Niza."

Pero Roseau, que veía ya venir al tipo chic detrás de la mirada pícara de Fifi, cambió el tema. Dijo que le hubiese gustado tener algo para leer.

"Le prestaré un libro", dijo Fifi enseguida. "Tengo muchos."

Fue hasta su cuarto y regresó con un volumen delgado.

"¡Oh, poesía!", dijo Roseau. Esperaba una buena novela policiaca. No se sentía para nada con ánimos de leer poesía francesa.

"Yo adoro la poesía", dijo Fifi con mucho sentimiento. "Además, ésta es especialmente bella. ¿Usted entiende el francés perfectamente? Entonces escuche:

y comenzó a leer:

"Dans le chemin libre de mes années

Je marchais fiere et je me suis arretée...

Thou hast bound my ankles with silken cord.

Que j'oublie les mots qui ne disent pas mon amour,

Les gestes qui ne doivent pas t'enlacer,

Que l'horizon se ferme a ton sourire...

Mais je t'en conjure, o Sylvus, comme la plus humble des choses

Qui ont une place dans ta maison — garde moi."

Lo que obviamente quería decir: no vas a portarte más como un canalla conmigo, ¿no es cierto? Haré lo que tú quieras, pero sé bueno conmigo, sé bueno conmigo. Aunque por supuesto, en francés sonaba mucho mejor.

“Y ahora”, prosiguió Fifi:  
“I can walk lightly for I have laid my life in the hands of my lover.  
“¡Chante, chante ma vie, aux mains de mon amant!”

Y así seguía y seguía.  
Roseau se sintió resignada de tener que soportar aquel espectáculo, de tener que esperar a que aquella mujer terminara de verbalizar sus sentimientos, sus pensamientos. Lo encontró horrible.

“Sylvus, que feras-tu à travers les jours de cet être qui t’abandonne sa faiblesse?  
Il peut vivre d’un sourire, mourir d’une parole.  
Sylvus, qu’en feras-tu?”

“¿No tiene novelas policíacas?”, interrumpió de pronto Roseau.  
Ya no podía más.  
Fifi la miró sorprendida pero la complació enseguida. Sí —tenía a Arsenio Lupin, algunas de Gas-

ton Leroux; también tenía a ‘*Sherlock Olmes*.’ Roseau escogió *Le Fantome de L’Operá*, y cuando Fifi salió por fin de la habitación, que quedó largo rato mirando la misma página:

“Sylvus, qu’en feras tu?”

De pronto empezó a reírse y se rio por mucho rato en voz alta, cosa extraña para Roseau, quien tenía una voz muy queda y una risa casi inexistente.

Esta tarde Roseau conoció a Sylvus, alias el gígolo, en el jardín del hotel.

Estaba decidida a detestarlo. ¿Qué excusas podrían ofrecerse en su favor? Ninguna; absolutamente ninguna.

Allí estaba, con una amante en Cannes y otra en Niza. Y Fifi en la rueda del suplicio. Fifi sollozando, sacando billetes de a mil cada vez que el gígolo le ajustaba los tornillos. ¡Horrible gígolo!

Lo miró odiándolo, mientras pensaba en algún comentario desagradable sobre el color de sus polvos faciales. Pero esa tarde llevaba la cara desempolvada y tuvo que reconocer que el tipo era bien parecido. No tenía nada de bestia rubia —era oscuro, delgado, hermoso como un dios latino. Y qué suaves eran sus ojos, qué dulce su boca...

¡Horrible, horrible gígolo!

El no insistió, sino que volvió sorprendido el rostro al ver su gesto y se alejó de allí murmurando: “¡*Alors, Madame!*”

Una semana más tarde desapareció.

Fifi envejeció diez años en diez días. Iba más a menudo a la habitación de Roseau, a ofrecerle ron con leche caliente en lugar de Veronal. Pero más allá de su puerta, tenía que enfrentarse a un mundo hostil que la escarnecía.

“¿Ha tenido alguna noticia del señor Riviere?”, preguntaba la *patronne* del hotel, con una sonrisa maliciosa.

“Por supuesto que sí, está muy bien”, respondía Fifi despreocupada, aunque sabía que la *patronne* había ya fisgoneado sus cartas. “¡Es su abuelita, pobre! Está mucho peor.”

El gígolo había escogido la enfermedad de su abuela para justificar su súbita partida.

Un día Fifi envió por correo una enorme corona de flores —aparentemente la abuela había pasado a mejor vida.

Entonces silencio. No hubo gracias por las flores.

La risa de Fifi subió otro tono; dejó de beber agua de Vichy y comenzó a beber champaña.

Ya no se sentaba sola a la mesa —de alguna manera, lograba atraer a los hombres— y cuando entraba a una habitación, semejante a un navío con todas las velas enarboladas, había siempre tres, cuatro, cinco hombres que perseguían su estela, haciendo un escándalo insoportable.

“¡Qué horrible criatura!” dijo Peggy Olsen una noche. “¿Cómo puede coleccionar tantos hombres?”



Mark se rió y dijo: "Ten cuidado, es amiga de Roseau."

"¡Oh! ¿De veras?", dijo la señora Olsen. Le caía mal Roseau y encontraba aquel hotel, con su clientela de choferes y gente de peor calaña aún, más de lo que cualquier señorita inglesa debería sopor-  
tar.

Estaba allí aquella noche sólo porque su esposo había insistido.

"La muchacha está muy sola Peggy, vamos, no seas aguafiestas."

Y Peggy había ido, con la lengua muy afilada, lista para la lucha.

"La amable señora debe de ser muy rica", dijo. "Al menos, es muy hospitalaria."

"¡Oh! Ella no es la que paga", explicó Roseau, absurdamente ansiosa de que el triunfo de su amiga fuese obvio. "Es el hombre de la barca el que paga. Adora a Fifi."

"¡Es extraordinario!", dijo la señora Olsen en un tono helado.

Roseau pensó: "Eres una bestia despreciable.

¡Fifi vale cincuenta veces más de lo que tu vales!" Pero no dijo nada, contentándose con una de esas sonrisas oblicuas que hacían a la gente comentar "¡Qué extraña es!"

De pronto hubo un corto y las luces se extinguieron.

La sirvienta, delgada y de aspecto cansado, trajo velas. La habitación ya de por sí larga y triste, tomó entonces un aspecto lúgubre, como si algo siniestro y peligroso fuese a suceder: todas aquellas quijadas gruesas y ojos sombríos, manos burdas, voces estridentes y pendencieras...

Fifi también tomó un aspecto siniestro, con su pelo lleno de vida y su garganta arruinada.

"¿Saben una cosa?", dijo Roseau. "Tienen razón; mi hotel es un lugar extraño."

"Extraño es poco", dijo Mark Olsen. "De veras no deberías quedarte."

"No, ahora sí me voy a mudar de aquí. Ha sido pura pereza y porque mi habitación es muy acogedora. Hay un árbol de mimosa frente a mi ventana. Pero sí, voy a marcharme."

Cuando regresó por fin la luz, estaban ya discutiendo los precios de diversos hoteles.

Pero al otro día Roseau, tendida sobre su cama y contemplando el árbol de mimosa, tuvo que enfrentarse al hecho de la falta que le haría Fifi.

Era absurdo, era ridículo, pero así era. De nada más oír su voz ronca ya se sentía consolada; su voz le daba una sensación de estar protegida fortalecida.

"Debo de estar chiflada", se dijo Roseau. "Claro que tenía que tomarle cariño a un ser como ése, debo definitivamente de estar chiflada. No, es que soy tan cobarde, me siento tan aterrada ante la vida, que tengo que apoyarme en alguien — hasta en Fifi..."

Aterrada de la vida vivía Roseau, suspendida sobre un abismo terrible y espantable, el abismo de la pérdida total de dominio sobre sí misma.

"Fifi, se dijo Roseau, es una amiga. Me siento alegre cuando estoy con ella. Por otra parte es una puta vieja, de aspecto repulsivo, y no me hace ningún bien que me vean andar a su lado. ¡Será otro Paso Infalible Hacia Abajo! No hay que dudar!"

Fifi tocó a su puerta.

Estaba radiante, agitada por las buenas noticias.

"Pierrot va a regresar", anunció.

"¡Oh!" dijo Roseau con interés.

"Sí, esta misma tarde voy a reunirme con él a Niza."

"¡Me alegro de veras!", dijo Roseau.

Era imposible no alegrarse ante esa presencia enorme y resplandeciente. Fifi lleva puesto un traje nuevo, negro, con encaje alrededor del cuello y de las muñecas, y también un sombrero nuevo, pequeño.

"¿El sombrero?", preguntó ansiosa. "¿Me hará ver ridícula? ¿Será demasiado pequeño? ¿Me hará ver más vieja?"



“No”, dijo Roseau, examinándola cuidadosamente, “me gusta, pero bájate el velito.”

Fifi obedeció.

“Ah, bueno”, suspiró, “siempre fui fea. Cuando era pequeña mis hermanas me decían la muñeca del diablo. Sí, ese tipo de comentarios es el que recibo siempre. Y ahora, ¡ay de mí! ¿De veras que este sombrero no me hace ver ridícula?”

“No, no”, dijo Roseau. “Te ves muy bien.”

La cena esa noche fue el triunfo de Fifi —el champán fluía— tres botellas por lo menos. Un enorme ramo de mimosas y claveles casi ocultaba la mesa de los espectadores. La *patronne* miraba de reojo medio envidiando; el *patrón* se reía calladamente y el gígolo parecía satisfecho y afable.

Roseau bebió su café y se fumó un cigarrillo en la mesa festejada, pero se negó a acompañarlos a Niza. Iban a un *boite de nuit*. “Y todo sería de lo más chic.”

“¡Ah, no importa!”, dijo Fifi, bonachona, “es rara, esta pequeña. Siempre quiere esconderse en un rincón, como un ratoncito.”

“Nadie”, pensó Fifi cuando algo la despertó a las cuatro de la mañana, “podría acusar a Fifi de comportarse como un ratoncito”. De ratoncito no tenía nada, eso era innegable.

“Voy a llevarlo a Monte Carlo”, anunció la dama al día siguiente. Lo pronunció Monte Carl.

“¿A Monte Carlo? ¿Por qué?”

“El quiere ir. ¡Ah!, la la. ¡Me costará bastante!” e hizo, al levantarse, un pequeño chasquido con la boca. “Es que Pierrot le da siempre unas propinas tan grandes a los mozos, si supiera, como yo lo sé lo *salauds* que son los *garçons de cafe...*”

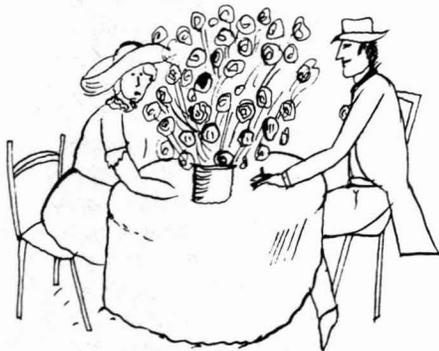
“Bueno, que se diviertan”, le dijo Roseau riendo.

Al otro día salió temprano del hotel y no regresó hasta la hora de la cena, sintiéndose preocupada.

Al comenzar a comer se fijó en unos hombres que discutían en italiano y pensó que los italianos siempre andaban discutiendo.

El patrón no estaba; la *patronne*, con gesto altivo, le hablaba rápidamente a su *lingere*.

Pero la *bonne* se veía rara, pensó Roseau, como si estuviera atemorizada y a la vez dándose mucha importancia. Al llegar a la cocina llamó a la cocinera con voz chillona: “Está en el *Eclairer*. ¿Lo han visto?”



Roseau terminó de pelar una manzana. Entonces llamó a la *patronne*, se sintió obligada a hacerlo.

“¿Que sucede, Madame? ¿Ha pasado algo?”

La *patronne* titubeó.

“Madame Carly, Madame Fifi ha tenido un accidente”, contestó brevemente.

“¿Un accidente? ¿Un accidente automovilístico? Oh, espero que no sea nada serio.”

Me temo que es bastante serio *assez grave*”, contestó evasiva la *patronne*.

Roseau no quiso indagar más. Tomó el *Eclairer de Nice*, que estaba sobre una mesilla y se puso a hojearlo.

Estaba buscando los titulares “Fatal accidente automovilístico. En lugar de ello, leyó:

#### Otro Drama de Celos

Madame Francine Carly, de 48 años de edad, de la calle Notre Dame des Fleurs 7, Marsellas, fue fatalmente apuñalada anoche por su amante Pierre Rivière, de 24 años de edad, de la calle Madame Tours. Interrogado por la policía declaró que había actuado en defensa propia ya que su amante, quien era de temperamento celoso, lo había atacado con un cuchillo al enterarse de su inminente matrimonio y lo había amenazado con cegararlo. Cuando el propietario del hotel, alarmado por los gritos de la mujer, entró a la habitación en compañía de dos policías, Madame Carly, yacía inerte, la sangre fluyendo de las heridas que había recibido en la garganta. Fue llevada al hospital donde murió sin recobrar el conocimiento. El asesino ha sido arrestado y fue conducido a la estación.

Roseau se quedó mucho rato mirando la página.

“Debo irme de este hotel”, fue lo único que pudo pensar y durmió profundamente esa noche, sin temor a los fantasmas. Un asunto sórdido y horrible. ¡Pobre Fifi! Casi se odió a sí misma por sentir tan poco remordimiento. Pero a la mañana siguiente, cuando estaba empacando, abrió el libro de poemas, delgado y manoseado, que estaba todavía sobre la mesa y buscó el verso que Fifi le había leído.

“Maintenant je puis marcher legere,

J'ai mis toute ma vie aux mains de mon amant.

Chante, chante ma vie aux mains de mon amant.”

De pronto comenzó a llorar.

¡Oh, pobre Fifi! ¡Pobre Fifi!

En medio del desorden, a medio empacar, lloró amargamente.

Hasta que, en la claridad amarilla que entraba por la ventana, le pareció ver el alma de su amiga, alegre y aniñada, libre de aquel cuerpo grosero y burlándose levemente de sus lágrimas sentimentales.

“¡Está bien!”, dijo Roseau.

Y secándose las lágrimas, siguió empacando.